

## Los Acuerdos de Paz en perspectiva Valoración histórica veinte años después

Ricardo Ribera\*

Marx dictaminó, con justa razón, que “la historia la hacen los hombres”<sup>1</sup>. Se trataba de una obviedad, desde luego, pero le hizo falta decirlo. Le respondía a Hegel, quien había afirmado lo contrario: “La historia hace a los seres humanos”. ¿Somos los sujetos de la historia o somos, más bien, objeto de ella? Habrá que conceder que ambos pensadores tenían su parte de razón<sup>2</sup>. Los dos pueden ayudarnos en la difícil tarea que reclamaba recientemente David Escobar Galindo: “entender el pasado, descifrar el presente y anticipar el futuro” y lograr “la comprensión desapasionada del porqué de los hechos”<sup>3</sup>.

Durante la posguerra, hemos tenido en El Salvador una abundante producción de obras testimoniales, autobiografías, memorias, reflexiones e incluso poemarios por parte de diversas personalidades que protagonizaron la vida política y militar durante el conflicto y la posterior negociación. Si solo nos quedáramos con el aserto de Marx, bastaría con esta versión de los protagonistas principales. Es más, deberíamos atenernos solo a su testimonio, dado su manejo privilegiado de información, su participación en la toma de decisiones, su ubicación central en el proceso histórico. Pero, de hecho, las cosas son de otra forma. Sus narrativas suelen ser objeto de sospecha, bien sea por su parcialidad y tergiversación interesada –en especial cuando los

\* Historiador y filósofo, catedrático del Departamento de Filosofía de la UCA.

1. Véase el Prólogo de Marx a “*El 18 Brumario de Luis Bonaparte*”, donde expone, en forma sucinta, su concepción general de la historia.
2. De hecho, Marx algo le concede a Hegel cuando especifica que “los hombres no hacen la historia en condiciones libremente elegidas por ellos, sino que les son dadas, heredadas del pasado”; *opus cit.*
3. David Escobar Galindo: “2012... sentir que 20 años no es nada”; Opinión, La Prensa Gráfica, 07.01.12

autores siguen activos en política –, bien sea por sus notorios olvidos y errores. La memoria traiciona y más cuando, en el centro de nuestros recuerdos, estamos nosotros mismos. De interés para antropólogos, para los historiadores tales escritos no han de sustituir el análisis interpretativo. Algunos incluso descalifican como carentes de valor historiográfico las autobiografías y las obras de testimonio, a las que consideran como simples variantes de la literatura de ficción.

Hay otra razón de mayor entidad para desconfiar de este tipo de “fuentes primarias”: el hecho de que los propios líderes y dirigentes, con frecuencia, han sido arrastrados a tomar las decisiones que tomaron forzados o determinados por escenarios que les sobrevinían y por una evolución de los hechos que no controlaban. En nuestro proceso, esto fue muy evidente. A la larga, acabaron reconociendo que les tocó adaptarse a las circunstancias, aprovechar las posibilidades que se abrían o se cerraban sucesivamente, acoplarse a lo que la historia demandaba en cada momento. Será necesario, como reclamaba Hegel, comprender la lógica del proceso, la cual se nos impone. Como insistía Zubiri, lo real tiene fuerza de imposición. En la realidad histórica, estamos siempre inmersos en un sistema de posibilidades, explicaba Ellacuría. Con nuestras acciones, lo que hacemos es abrir u obturar posibilidades concretas que el proceso nos ofrece. Estas nunca las fabricamos o inventamos, están ahí y, a partir de nuestra apropiación, por libre opción, pueden ser actualizadas y abrir un nuevo sistema de posibilidades<sup>4</sup>.

Valga una imagen que facilite la comprensión del anterior planteamiento filosófico: el dirigente histórico aparece como alguien que cabalga de espaldas, más preocupado en no caerse de su montura que en dirigirla. El corcel

no va, entonces, adonde lo conduce su jinete, sino que, en tales circunstancias, el caballo va a su aire. Los actores históricos, según tal metáfora, van aprendiendo del proceso histórico sobre el que van montados. Creen dirigirlo, pero en realidad –terminarán aceptando– los conduce a ellos. Habrá de ser comprendido y aceptado cuando se llegue a un momento de mayor maduración. Es la propedéutica de la historia, el aprendizaje de lo que se puede y lo que no se puede, la pedagogía de lo que es realista y lo que resulta inalcanzable<sup>5</sup>.

Por eso mismo, a medida que el proceso va avanzando, las expectativas, en vez de radicalizarse y aumentar, se moderan y autolimitan. Baste comparar los tres programas sucesivos que presentó la alianza FDR-FMLN para comprobarlo. El más radical sobre el papel es, sin duda, el primero de todos, el del “gobierno democrático-revolucionario”, dado a conocer en 1980, cuando la insurgencia estaba más lejos de poder imponerlo. Mucho más moderado el de enero de 1984, el del gobierno de amplia participación, cuando el triunfo parecía ya solo cuestión de tiempo, ofreciendo compartir el poder y fusionar ambos ejércitos, pero superado en flexibilidad y autolimitación por el programa de revolución democrática proclamado unilateralmente por el FMLN en agosto de 1990, siendo que en la mesa de negociación se discutía ya su reconocimiento y legalización<sup>6</sup>.

En forma similar, podemos apreciar la evolución del bando gubernamental; tanto el PDC como Arena actúan en el proceso y este actúa sobre ellos trastocándolos. El líder de la “revolución de los pobres” y candidato opositor, reprimido en 1972, en 1980 de la mano del pacto con la Fuerza Armada y respaldado por Estados Unidos, termina persiguiendo a sus antiguos aliados y presidiendo

4. Véase Ellacuría, Ignacio: *Filosofía de la realidad histórica*, UCA Editores, San Salvador, 1990.

5. “En la historia, lo que los hombres *desean* es menos importante que lo que *hacen*, y no hacen sino lo que *pueden*” (d’Hondt, J. *Hegel, filósofo de la historia viviente*, Amorrortu, Buenos Aires, 1971; pág. 263).

6. Un análisis comparativo de tales concepciones programáticas, en mi artículo Ribera, R. “Guerra, paz, democracia”, revista *Realidad* n.º 42, nov-dic. 1994, UCA, San Salvador.

uno de los gobiernos más sanguinarios y corruptos de la historia del país. Tampoco el antagonista de Napoleón Duarte, el mayor Roberto d'Aubuisson y su partido Arena quedarán mejor parados en el escenario de la historia: esta los fuerza a tener que aceptar la solución política (pese a la consigna arenera que decía "negociación es traición"), a legalizar al FMLN (a pesar del himno que promete hacer de El Salvador la tumba de los rojos), a recortar funciones a la Fuerza Armada (son reducidas a solo dos en las reformas a la Constitución acordadas en la negociación: la defensa de la soberanía y la defensa del territorio nacional) y a fundirse en un abrazo de reconciliación con sus antiguos enemigos.

No es simple cuestión de cálculo político, hay sinceridad en las nuevas convicciones que expresan los dirigentes políticos de aceptarse unos a otros y emprender juntos el desafío de construir un nuevo país que los incluya a todos. Expresa un nacionalismo renovado en los diferentes discursos del 16 de enero y del 1 de febrero de 1992: "es una solución sin vencedores ni vencidos", "como salvadoreños estábamos condenados a entendernos", "con esta solución ganamos todos" o "ha sido la ausencia de democracia la causa principal del conflicto"<sup>7</sup>. Viendo estas piezas de oratoria política, tal pareciera como si todo hubiese sido un nefasto malentendido. Un vuelco sorprendente si se contrasta con las expresiones duras y llenas de odio, de los mismos actores a inicios del conflicto armado. A doce años de distancia y setenta mil muertos más tarde, las semillas de una mínima fraternidad y de un patriotismo no tan excluyente parecen haber germinado y ofrecer sus primeros brotes.

Así, podemos concluir que, buscando transformar el país, los actores se transformaron a sí mismos<sup>8</sup>. No quiere decirse que no hayan

logrado lo primero, cambiar la historia de la nación, pero en ese esfuerzo ellos resultaron, a su vez, cambiados. La solución negociada tiene mucho de este componente: la transformación verdadera, no fingida, de los actores principales, FMLN y Arena. También de Fuerza Armada, partidos políticos, sindicatos, Iglesias, instituciones. El repetido interrogante "para qué sirvió la guerra" encuentra esa paradójica respuesta: en primer lugar, para transformar a sus actores y, solo en segunda instancia y como efecto de dicho cambio, para transformar asimismo el país.

A veinte años de distancia, la nación está planteándose un ejercicio colectivo de revisión histórica, con respecto al Acuerdo de Paz. La ocasión es adecuada para hacer balance del mismo. También, deben tomarse en cuenta las variadas expectativas e inevitables decepciones que el proceso ha ido propiciando. Hay que tener presente todo lo que el Acuerdo de Paz abrió, es decir, la perspectiva de los veinte años transcurridos y de la situación actual. Posiblemente, en este punto de vista, vamos a encontrar motivos para el pesimismo o, cuanto menos, para considerar medio vacía la botella. Las expectativas eran muy altas y mucho del actual escenario es preocupante. Pero también se hace preciso ver aquello que cerraron los acuerdos, es decir, la perspectiva del pasado conflicto armado y del abrirse paso de la solución política negociada. Ahí hallaremos razones para afirmar que la botella está medio llena.

### Lo que cambió y lo que ha persistido

Es parte de la dialéctica histórica el hecho de que los cambios, a menudo lo más visible, van acompañados de aquello que permanece, según una inercia que puede pasar más desapercibida. En los años siguientes a la

7. Un comentario y análisis más pormenorizado de los discursos y atmósfera en las celebraciones de la paz las hice en Ribera, R.: *Pinceladas para un cuadro de la transición*, Ediciones para el debate, UCA, San Salvador, 1997.

8. Véase mi ensayo Ribera, R. "Guerra, paz, democracia", *opus cit.*

firma de la paz, eran muy evidentes grandes cambios que se habían logrado: el cese de la persecución por motivos políticos, el fin de la represión, no más desapariciones forzadas, torturas, capturas arbitrarias o ejecuciones sumarias. Había terminado el terrorismo de Estado que por décadas entronizó el reinado del miedo, haciendo que el nombre de El Salvador fuera sinónimo de horror, masacres y escuadrones de la muerte. También se había puesto fin a la actividad guerrillera, a una lucha armada insurgente de las más activas de toda América Latina, causa asimismo de repudio y terror para una parte de la población que se sentía acosada o potencialmente víctima por esta otra violencia. Cesaba la confrontación armada y se abrían los espacios para todo el espectro político de fuerzas. En el país, es algo reciente y totalmente nuevo que haya ejercicio pleno de los derechos democráticos, los de pensamiento y opinión, los de reunión y asociación, y el primero y más elemental en cualquier democracia: el derecho a elegir y a ser elegido, sin cortapisas de carácter ideológico. Surgió una legalidad nueva que permite la defensa de los más diversos intereses, que de manera pacífica se planteen las distintas reivindicaciones y que la justicia social pueda, aunque lentamente, abrirse paso en nuestra sociedad.

En los primeros años tras los Acuerdos de Paz, había motivos para el optimismo y también para un sentimiento de conquista y triunfo que parecía fundado. Tal vez no se trataba de un salto, como muchos habían soñado, mas sí eran pasos fundamentales para plantearse un nuevo país, una convivencia sana y pacífica, el progreso en tranquilidad y la vida en democracia.

Pero a la par de las positivas transformaciones, empezaron a hacerse presentes diversos signos que apuntaban a que una parte de la realidad seguía intocada, que había aspectos que parecían obedecer a la ley de la inercia. Así, por ejemplo, la emigra-

ción. Se suponía era causada por la guerra, pero terminó esta y el flujo migratorio de salvadoreños hacia el exterior no se contuvo, al contrario, se incrementó. No era ya por el conflicto, sino que ahora por la economía; ya no era el miedo, sino el hambre lo que expulsaba salvadoreños fuera de su país. Reflejaba el fracaso del modelo neoliberal, impuesto a partir de 1989 con la primera administración arenera. La nación pasó a exportar compatriotas, la mano de obra barata pasó a ser el primer producto de exportación, en vez de recaudar petro-dólares el país obtenía pobre-dólares<sup>9</sup>, fruto del duro esfuerzo de nuestros trabajadores emigrados. La falta de oportunidades, los bajos salarios y el desempleo han hecho que incluso sectores de las capas medias busquen el “sueño americano” emigrando al norte.

Crecieron las remesas para alivio de la economía pero, al mismo tiempo, aumentó la desintegración familiar, con terribles secuelas para la primera generación de posguerra cuya infancia transcurría en hogares desestructurados. Ligado a eso, la nueva violencia, cuya expresión más típica se ha dado en el fenómeno de las pandillas. Si se caracterizó la década del conflicto por la disputa territorial entre los bandos enfrentados, avanzamos en la posguerra y reaparecieron las pintas en los muros, las luchas por el territorio, el refugio en el grupo, donde se resuelve el problema de la pertenencia y de la identidad. Al inicio, el fenómeno de las maras, surgidas en Los Ángeles e importadas al país vía deportaciones, parecía cuestión básicamente identitaria y cultural. Pero era solo cuestión de tiempo que se acrecentaran sus niveles de violencia y su inmersión en lo delictivo. La delincuencia organizada y el narcotráfico se aprovechan de la existencia de las pandillas juveniles, convertidas en estructuras de dominio territorial, para sus fines de venta de droga, intimidación, extorsiones y sicariato. La deriva delincencial de las pandillas y la penetración por el crimen organizado de las

9. La expresión es del sociólogo jesuita Segundo Montes.

instituciones se han convertido en la peor pesadilla de la posguerra salvadoreña, en el mayor reto al control territorial del Estado y en el gran desafío de la transición democrática<sup>10</sup>.

Por último –aunque, por su importancia y carácter determinante, tal vez debería mejor mencionarse en primer lugar–, la exclusión social y la pobreza económica. No hace falta saber de marxismo para entender que la economía resulta determinante en muchos sentidos<sup>11</sup>. Gran parte de los problemas de El Salvador arrancan de su frágil estructura económica, incapaz de ofrecer empleo estable y condiciones de vida digna para la gran mayoría de la población. Aunque los índices de pobreza y de pobreza extrema bajaron notablemente desde mediados de los años noventa, la situación económica sigue siendo muy preocupante. Es el primer factor para la devaluación de la democracia: esta no se come. Y cuando está el problema no resuelto del diario vivir, su urgencia y carácter imperativo relativiza mucho el valor de las conquistas políticas. La armonía social se ve tensionada y amenazada por la realidad de una sociedad desgarrada en clases, de gran desigualdad, con pobreza extrema y riqueza asimismo extrema, donde las capas medias están siempre amenazadas de pauperización y además pesan demasiado poco<sup>12</sup>.

Hay responsabilidades históricas: la clase dirigente no supo cómo superar la crisis del modelo económico, que venía arrastrándose desde los años cincuenta del siglo pasado, y tampoco ha atinado en configurar un modelo

que permita mayores niveles de ingreso y de empleo, mayor independencia económica y más margen para el desarrollo autóctono. Gran parte de las debilidades del régimen político derivan de la debilidad sistémica del tipo de capitalismo dependiente que impera. La inmersión del capital salvadoreño en el mundo globalizado y su transnacionalización no han resuelto el problema, solo lo han enmascarado. No se le puede atribuir responsabilidad al Acuerdo de Paz. Este consistió en cambiar el régimen –pasar de la dictadura militar a la democracia representativa–, pero no en transformar el sistema. No lo cambió porque no podía hacerlo. No había correlación para ello ni tampoco el proceso de solución política negociada podía ir más allá de sí mismo.

### **Ni revolución negociada, ni refundación nacional: reforma pactada<sup>13</sup>**

Se consiguió el cambio de régimen. Nada menos. Pero, también, nada más. Todas las elucubraciones de la izquierda sobre “victoria parcial”, “revolución negociada”, “victoria diferida” y otras, surgidas en la coyuntura inmediata posterior al acuerdo de paz, son básicamente eso: elucubraciones, formas de hacer más digerible para las bases del FMLN, combatientes, militantes y simpatizantes, el hecho de que no pudo obtener, en la “ofensiva hasta el tope” de 1989, el colapso del ejército y la toma del poder del Estado. El objetivo mínimo era abrir la negociación y esto sí lo consiguió<sup>14</sup>. Pero no iba a poder obtener, en la mesa de negociación, lo que no pudo en el campo de batalla. “Alcanzar la democracia,

10. El fenómeno fue tempranamente investigado por el PNUD. Véanse sus publicaciones: *Violencia en una sociedad en transición*, que recoge las conferencias magistrales y ponencias de un evento realizado en San Salvador en 1998, y un segundo tomo con cinco ensayos académicos, editado en agosto de 2000.

11. Véanse los sucesivos *Informes sobre Desarrollo Humano*, publicados por el PNUD en estos años.

12. Hay un reciente e importante estudio: Córdova/Cruz/Seligson: *Cultura política de la democracia en El Salvador, 2010*, IUDOP/FundaUngo/Vanderbilt University, San Salvador, 2010.

13. La expresión “revolución negociada” la dio Álvaro de Soto, vocero de la ONU, en 1992; y la idea de “refundación de la república” la sostiene Rafael Guido Véjar en un artículo en *El Salvador: historia mínima*, edición del bicentenario por la Secretaría de Cultura de la Presidencia, 2011. Salvador Samayoa, en su libro *La reforma pactada* (UCA, San Salvador, 2002), defiende dicha caracterización.

14. En un análisis más fino, hemos afirmado: “Mucho se ha repetido, y sería difícil desmentirlo, que el salto de una etapa de simple diálogo al nivel cualitativamente más alto de la negociación fue un resultado de la gran